

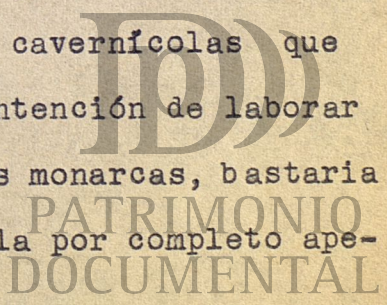
UNA REINA EN ZAPATILLAS.

Por U. Noquelosabe.

En zapatillas y en paños menores, es como, efectivamente presenta el gran cronista y costumbrista Pedro de Répide a la abuela del galletado ex-monarca Alfonso XIII, en su reciente e interesantísimo libro Isabel II, reina de España.

Y más que la historia de un reinado parece la obra una novela picaresca, bien es verdad que en ella se narra la vida y las aventuras de esos pícaros de sangre azul que han sido los Borbones.

No creo posible ninguna restauración monárquico-borbónica en España, ni con la vuelta al trono del nieto de Isabel ni con la instauración en él de ninguno de sus degenerados hijos varones, víctimas todos de congénitas e incurables dolencias; pero, si algunos de los cavernícolas que todavía existen en España tuvieran la intención de laborar por la vuelta al poder de sus derrocados monarcas, bastaría para contrarrestar la campaña, ahogándola por completo ape-



nas iniciada, con divulgar el libro de Répide sobre Isabel II, porque es difícil que existan hoy en día estómagos, aun monárquicos y cavernícolas, capaces de digerir plato tan fuerte y en tal mal estado como es una corte borbónica.

Y la mejor propaganda por el afianzamiento de la República que pudiera hacerse hoy en día y en contra de todo intento de restauración monárquica, sería difundir profusamente por toda España y reproducir y glosar en diarios y revistas la obra de Répide.

Cuadro fantástico, admirablemente visto e interpretado por el cronista, de una de las épocas más pintorescas, dolorosas, pícaras y tristes de la España monárquica, con sus reinas despreocupadas y libidinosas, su rey consorte mercahifle y borroso, sus favoritos reales, sus generalotes y politicastros aprovechados, sus monjas y sus frailes fanáticos e ignorantes pero siempre listos para planear o realizar buenos negocios. Figuras todas las de este cuadro movidas por la intriga, la codicia, la perversión, la lujuria, desenvolviéndose en alcobas y salones, mientras el pueblo era acribillado en plazas y calles para mejor satisfacer caprichos y necesidades de los figurones de esta tragedia-comedia.

No hay rincón de este reinado que no ilumine con su investigación Pedro de Répide para mejor poner en la picota de su pluma a los pícaros protagonistas, hombres y mujeres; y, desde luego, la figura central de la obra queda a plena luz, en zapatillas y paños menores, desde sus más tiernos

años, em los que ya padecía "una erupción cutánea que no la abandonó en toda su vida y la obligaba a esconder bajo la máscara de los guantes sus manos gordezuelas y encendidas por un morboso rubor que en el rostro hubiera tenido mejor emplazamiento y muy frecuentes ocasiones de ser iluminado", hasta sus últimos años en que el zapatero que la servía en París "aseguraba que pasaba un rato de puras náuseas cuando la tomaba medida del calzado o se lo probaba, pues era insoportable el no ya tufillo, sino verdadero hedor que se percibía escapado por los bajos entre las batistas y los encajes de las enaguas, terrible revelación, recordatoria de los sepulcros blanqueados y que destruía el tradicional encanto de los ojos garzos, cuya gracia era imposible sostener cuando se pensaba que no eran más que faros y luminarias de una escondida pudrición".

Lo moral no era más saneado que lo físico en esta figura regia. Y los escandalosos devaneos con los favoritos, desde el "general bonito" en los comienzos de su reinado, hasta el húngaro Haltman, ayuda de cámara de la ex-reina, ya septuagenaria, fueron plato permanente en palacio y en el exilio, como de arroz con pollo que igualmente le privaba; devaneos que costaron muchas veces complicaciones y trastornos políticos, y en los que iban siempre envueltos negocios y atracos al Tesoro y se traducían en mayores explotaciones y atropellos al pueblo, de todo lo cual se aprovechaban políticos, gobernantes, palaciegos, religio-

sos, la reina madre y el rey consorte don Francisco de Asís... concesiones de ferrocarriles, carreteras, puestos, abastecimientos de agua, etc.

Serrano; el pollo Arana; el teniente de ingenieros Antonio Puig Moltó, por culpa del cual, al niño que por esa época dió a luz Isabel, y que andando el tiempo habría de ser Alfonso XII, "las lenguas más o menos aceradas dieron el sobrenombre de Puigmoltejo"; Miguel Tenorio, "sevillano ingenioso y gallardo, que hasta<sup>m</sup> el apellido se parecía a su paisano el legendario burlador, y no era hombre enfermizo como Puig Moltó, sino recio y vigoroso", lo que dió lugar a que "andando el tiempo, y como una de las damas de su mayor confianza comentase la enfermedad del que fué Alfonso XII, y expresara temores de dolencia semejante en algunas de las otras hijas, Isabel contestó:- No hay cuidado, el padre de ésta disfrutaba de muy buena salud"; Marfori que siguió a la reina, cuando ésta fué destronada, destronado él a su vez en el favor real por Ramiro de la Puente, que "presumía de saber cantar" y por quien Isabel, "sensible" siempre a los primores de una particella bien interpretada confesó a persona que gozaba de su confianza: - ¡Ay, tú no sabes lo que es sentir que tu voz se funda con la de la persona a quien se quiere! " Valdemosa, Mirall, Obregón, Haltman...; vida toda ella tan complicadamente escandalosa que fué objeto frecuentemente de censuras; unas públicas, otras privadas, y de numerosas sátiras populares.

Dice Répide que "cómo sería de desatentada la conducta

de la reina que su propia madre, que había vuelto a España, marchóse diciendo a Isabel:

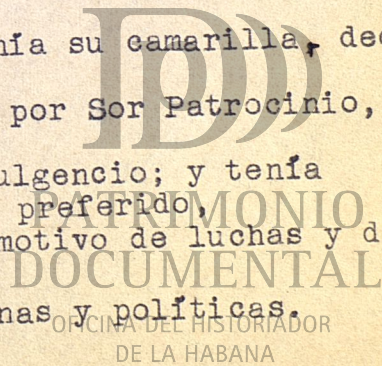
"- Estas dejada de la mano de Dios. No tardarás en tener que ir, como yo desde ahora, a refugiarte en el extranjero".

Y más adelante cuenta el cronista que "Manuel del Palacio hizo un soneto de extirpe clásica, relación demasiado diáfana de verdades que andaban de boca en boca y fué desterrado a Puerto Rico por Gonzalez Bravo, que ya no se acordaba de cuando en El Guirigay, valiéndose no de arte poético, sino de prosa vil, denominaba a María Cristina la ilustre... Acaso, en verdad Isabel merecía más las coplas de Perico el Ciego, que la gracia de un soneto y el treno jereñíaco de Aparisi Guijarro llamándola reina de los tristes destinos".

A tal esposa, tocó esposo no menos ejemplar, al fin de la familia, su primo don Francisco de Asís, del que ella estuvo "separada verdaderamente desde la noche de bodas y de un modo oficial desde el otoño de 1868"; prototipo de maridos complacientes, resignados y... aprovechados. De él decía, al contarle Isabel al embajador de España en París ~~don~~ don Fernando León y Castillo "su gran desilución en el momento emocionante de recién casada:

"-¿Qué te diré de un hombre que la noche de nuestras bodas vi que llevaba más encajes que yo?".

El Rey consorte, viviendo aparte, tenía su camarilla, dedicada, como él, a los negocios, ayudados por Sor Patrocinio, la monja de las llagas y por el Padre Fulgencio; y tenía también sus favoritos, de los que fué el preferido, un tal Meneses, motivo de luchas y discordias, no ya conyugales, sino cortesanas y políticas.



Pinta a don Francisco de Asís como ejemplar difícilmente igualable del perfecto marido consentidor, esta contestación que dió cuando el Ministro Benavides gestionaba la reconciliación de los cónyuges, desavenidos por los excesos del favorito Serrano: "Comprendo lo que usted me dice; pero se ha querido ultrajar mi dignidad de marido sobre todo cuando mis exigencias no son exageradas. Yo sé que Isabelita no me ama y la disculpo, porque nuestro matrimonio ha sido por razón de Estado, y tengo que ser tolerante, porque tampoco he podido tenerla cariño. Yo he estado propicio a disimular; pero Isabelita es muy ingenua o más vehemente y no ha cumplido ese deber. Yo me casé porque debía casarme, <sup>porque el oficio de rey lisonjea,</sup> y no iba a tirar por la ventana la fortuna que me brindaba la ocasión. Entré con el propósito de ser tolerante para que lo fueran conmigo. Para mí no hubiera sido nunca enojosa la presencia de un privado. Yo había tolerado a Serrano. Nada exigiría si no hubiese agraviado mi persona. Pero me ha maltratado con calificativos indignos, me ha faltado al respeto y lo aborrezco...."

Este mismo don Francisco, es el que, para mortificar a su esposa, le dijo en cierta ocasión, con la mayor naturalidad:

"-Isabelita, el pollo Arana te la pega".

Y otra vez, cuando O'Donell partió a pelear en Marruecos, e Isabel lo despidió, diciéndole: "-Si yo fuera hombre te acompañaría", cuenta Répide que "el rey Francisco, con su vecilla atiplada, se sumó así a la manifestación ardorosa:

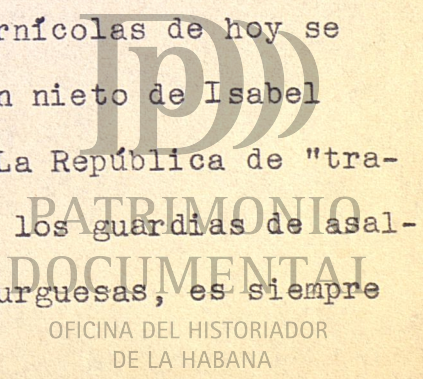
"-Lo mismo te digo, O'Donell; lo mismo te digo".

A tales primeras figuras regias, de esta gran tragicomedia borbónica, es natural que correspondiera una corte palaciega y política de picarescas figurillas y figurones, dispuestos

a realizar los más bajos menesteres en el servicio de Palacio o en el desgobierno del país, con tal de hacer carrera y sacar provecho de sus posiciones; y correspondió también el desenvolvimiento de la más grotesca y más lamentable tiranía durante los largos años que duró el reinado de Isabel. No quiero dejar de citar como escenas sobresalientes en ridiculez, las ceremonias que en Palacio se celebraban con motivo de cada alumbramiento real, y que el lector de este libro de Répide saboreará como plato no superable humorístico.

A reina tan santo no podían faltar el reconocimiento y premio del Jefe de la Cristianidad y al efecto, dice Répide: "El Papa Pío IX no quiso dejar a su augusta comadre sin una consagración de sus cualidades morales y entonces fue cuando le concedió la Rosa de Oro. Y en el documento que acompañaba el señalado y simbólico presente decía que era "para atestiguar y declarar pública y solemnemente y con perenne monumento el amor cordialísimo que te profesamos, carísima hija de Cristo, así por los egregios méritos para con Nos, para con la Iglesia, y esta sede apostólica, como por las altas virtudes con que brillas". (!!) Isabel le mandó a Pío, \$25.000

Ante el cuadro de este reinado borbónico, tan admirable, pintoresca, documentada y amenamente pintado por Répide, no es posible, como decía al comienzo de esta glosa, que ni aún a los más empedernidos monárquicos cavernícolas de hoy se les ocurra restaurar en España al borbón nieto de Isabel II e hijo del puigmoltejo Alfonso XII. La República de "trabajadores de todas clases", no obstante los guardias de asalto, le ley de defensa, y otras tachas burguesas, es siempre



gobierno más saneado, física y moralmente, que el de cualquier corte borbónica de ayer o que quisiera restaurarse en el mañana.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA